

**E. HARO
TEGLEN**

DESPUES DEL DEBATE

EL comportamiento del Gobierno y su partido en las dos semanas de debate y el final aritmético de la votación acentúan una sensación de vacío en el poder. Y también la sensación de que no se va a hacer nada por cambiarlo, por darle otra densidad; al menos, por ahora.

EL comportamiento gubernamental tuvo, al menos, tres errores básicos. El primero, el de la arrogancia, el de la soberbia, el de la dignidad ofendida. UCD está alimentada por esa resonancia del antiguo señor a la española: el indiscutible, el predestinado. Cosas de cristianos viejos y de hidalgüelos celosos, que sólo se pueden enfrentar con los villanos a cintarazos, pero nunca con la punta de la espada. Suárez mismo, enviando a sus segundones a la lid, encastillado, arbolando pequeñas sonrisas de desdén, daba esa imagen. Cuando habló con humildad, se nota bien que era una humildad fingida, de "yo soy un ciudadano normal y corriente", o de "mis orígenes están en el pueblo". Cuando su lugarteniente, Abril, insistía —por lo menos, en la escucha, un par de veces— en que hablaba para la Cámara y no para la televisión, aumentaba ese clasicismo político. La televisión y la radio éramos el pueblo español. También lo es la Cámara.

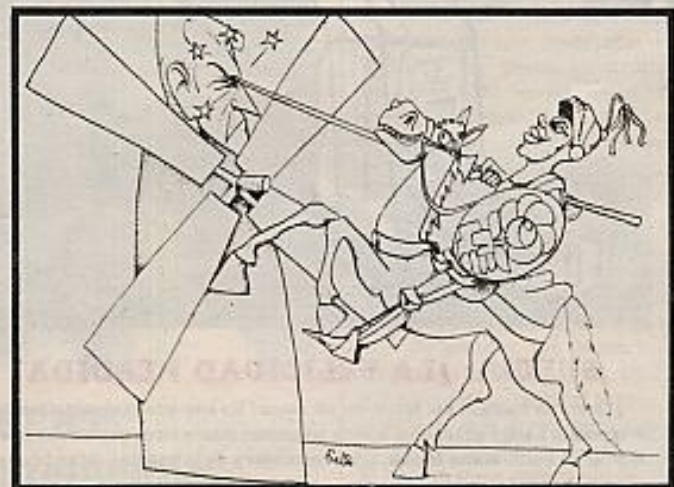
EL segundo error visible era el de tergiversar el debate. La insistencia en no pronunciar, más que en contadas ocasiones, las palabras "moción de censura" y aludir continuamente a "votación constructiva", trataron siempre de convertir el debate en una especie de investidura de Felipe González, a la que no había lugar. Se sabe que la "censura constructiva" es una modalidad que España copió de Alemania Federal, de Portugal y de muy pocas Asambleas más; de no haber existido la obligación de votar a un candidato para derribar a un presidente, los abstencionistas no se hubieran abstenido y a estas horas se estaría formando un nuevo Gobierno. Convertir la "censura constructiva" en un triunfo del Gobierno es una pequeña artimaña. Pero la semántica se agarra donde puede. La idea de que sólo el cómputo final de votos serviría para determinar quién ganaba o quién perdía y que lo demás estaba fuera de lugar estaba indicando ya, al mismo tiempo que la arrogancia del poder, la tergiversación del debate.

EL tercer error, heredero de los anteriores, es el de la utilización de viejos términos de guerra fría: acusaciones de frente popular, descalificaciones del voto comunista, alusiones al marxismo-leninismo, acusaciones de intentos de socialización, de nacionalización y hasta de autogestión. Nada más lejos del programa de Felipe González, moderado y discreto. Ese supuesto error tenía su dirección: hacia las grandes fuerzas de la derecha, fuera del Parlamento; incluso fuera del país. Es la aparición del defensor frente al frentepopulismo; el de "centinela de Occidente". Cuando La Cierva compara a Suárez con Adenauer, está haciendo ese mismo guiño. Es una situación de defensa desesperada. Pero todo el mundo sabe que el problema en España no es éste.

SOBRE estos tres errores básicos se ha construido la imagen final del debate: un presidente del Consejo deteriorado, un Gobierno que no cuenta en el Parlamento con más votos que los de los diputados de su partido; ni siquiera uno más para salvar la cara. Sin necesidad de acudir a las cuentas de Carrillo. Las cuentas de Carrillo sitúan al Congreso por encima de las leyes electorales del belga D'Hondt: los diputados que defendían la moción de censura representaban los votos de 8.074.000 españoles; los que se abstenían, los de 1.900.000; el

Los aplausos de UCD repararían al final del debate la sensación de dignidad ofendida sufrida por el Gobierno.

Foto: Ramón Rodríguez



Gobierno recogía solamente a 6.268.000 españoles frente a casi diez millones.

PROBABLEMENTE si mañana hubiera unas elecciones, estas diferencias se acentuarían.

PERO no las va a haber. No sólo Suárez, sino la misma izquierda las consideraba como indeseables. Tampoco va a haber la presentación por el Gobierno de una moción de confianza. No está obligado a hacerlo: sabe que perdería y, por lo tanto, no lo va a hacer. En el curso del debate se ha visto claramente que tanto el presidente como los distinguidos miembros de su Gobierno no aceptan los términos morales a los que insistentemente se les quiere enfrentar. Es evidente que un Gobierno que sólo tiene los votos de su partido, y esos votos no representan la mayoría de la Cámara, es que está en minoría. Sólo que los resortes reglamentarios, estatutarios y constitucionales le permiten seguir gobernando, y eso es, para ellos, lo que cuenta. La reciente "remodelación" —palabra con la que se hurtaba la de crisis— del Gabinete ha mostrado también que no tiene ni siquiera la intención de formar una mayoría nueva



mediante la coalición con algunas fuerzas que podrían serles afines.

Y sin embargo, se diagnostica, después del debate, el vacío del poder, y cómo la dirección del país no tiene consistencia parlamentaria. La observación de los debates por la radio y la televisión ha permitido a muchos distantes del tema parlamentario juzgar algo que está pasando: que la realidad de la vida diaria del español es como es —y nadie duda que es mala y de que es cada vez peor— en razón de que el Gobierno está trabajando mal, está trabajando en contra de las realidades.

A L mismo tiempo que perdía credibilidad Suárez, se acrecentaba la figura de Felipe González. Es evidentemente cierto que si Suárez no es representativo del país en estos momentos, González lo es menos aún, a menos que fuera capaz de construir una nueva mayoría, que eso sólo saldría de una disolución de las Cortes y de unas nuevas elecciones, a las que, indudablemente, no se va por ahora. Esta es una manera de ver el debate: el Partido Socialista ha abierto una brecha y ha marcado unas tendencias para el futuro. Quizá para una nueva moción de censura, cuando los plazos pasen —hacia octubre—, quizá para unas nuevas elecciones generales, al final de la legislatura o antes, si se disuelven las Cortes. Se ve difícilmente cómo se va a llegar al final de la legislatura en estas condiciones.

L O peor que puede hacer Suárez es sostenerse en el inmovilismo, creer que puede seguir gobernando así, inclinándose cada vez más en el apoyo de la gran derecha y dejando perder la adhesión de quienes le votaron y le llevaron al poder. Estimar, como lo hicieron sus oradores, que no había pasado nada. La tentación lógica es ésta: utilizar los recursos extraparlamentarios. Ya lo va haciendo. En televisión van apareciendo ahora ministros que continúan el debate parlamentario por otros medios en los que no hay respuesta —como García Añoveros en el noticiario del sábado, respondiendo a las alusiones a la fiscalidad—; tratará de seguir acallando los medios de expresión, reprimiendo las protestas. Es evidente que por esas vías puede seguir gobernando, incluso indefinidamente. Pero ya no se tratará de la democracia, evidentemente. Será otra cosa. ■

LoS
CoNteM
poRa
ñEoS

POR DEBAJO DE TODA SOSPECHA

L A vocación del español por observar a los demás y reprobarnos viene, indudablemente, de algún vicio histórico. Tal vez de la larga época de la Inquisición, donde había "acechadores" —y "moscas"— que miraban continuamente y escuchaban para sorprender el delito. Más de uno ha sido quemado por una exclamación inoportuna, por algún gesto poco claro, sorprendido por un "acechador". De ahí viene una postura psicológica nacional inversa: la sensación de ser acechado, espiado. Y denunciado. Toda nuestra gran literatura dramática, desde el Siglo de Oro al juguete cómico, está repleta de gentes que escuchan detrás de las puertas, o escondidos en alacenas, o debajo de la cama. Y de otras que están pensando siempre en la posibilidad de que las sorprendan: los papeles pueden cambiar en un mismo personaje, acechador y acechado, alguacil alguacilado. Todo ello ha formado una sociedad reprimida, paranoica y, al mismo tiempo, hipócrita.

Hay una derecha que desempeña un gran papel en la sociedad hoy mismo. Se ha convertido en guardiana y vigilante; lo mismo escribe cartas a "ABC" que corta el pelo en una esquina a un muchacho hirsuto, o alza un paraguas contras unos novios que se besan. Hay una izquierda, también, acechadora. Pero mientras la derecha se dedica a espiar, denunciar o perseguir a sus adversarios —o a los adversarios de sus definiciones de costumbres—, la izquierda se persigue a sí misma. Riza el rizo de la paranoia. Observa el comportamiento de sus contemporáneos o correligionarios para ver dónde descubre una brecha de derechas. Denuncia su ambigüedad cuando cree encontrarla, busca "trampas", acusa comportamientos. Nadie está demasiado claro para ella, para sus paranoicos acechadores.

Viejo vicio nacional. Ha paralizado durante siglos el pensamiento libre, la conducta sincera, la evolución de las ideas y de los comportamientos. Lo estamos pagando. Lo vamos a seguir pagando durante mucho tiempo. Formamos una sociedad de suspicaces: sospechamos de todos y sospechamos que sospechen de nosotros. Hemos perdido la naturalidad. Actuamos en la vida como los malos actores en el teatro: envarados, tratando de recordar el texto que tenemos que decir, con la oreja puesta en el apuntador que hay entre cajas, mirando continuamente al público para ver qué cara pone y qué cosas murmura; envarados, tiesos, sin saber qué hacer con los brazos. Alisándonos los cabellos, quitando motas de la solapa —un gesto, por cierto, que los diputados de UCD repiten mucho en la tribuna—, preparando los gestos y las réplicas. Los gestos que hemos ensayado antes ante el espejo.

Actores; fingidores. Fingimos que vivimos cuando en realidad estamos imitando los gestos de la vida. Y atentos a cómo imitan la vida los demás. Engañando y engañados. ■

POZUELO